El puente[26]

María Presseguer[27]

No recuerdo cómo llegamos hasta allí.
Supongo que sería en tren, ya que por aquel entonces nadie de mi familia podía permitirse el lujo de poseer un automóvil.

Recuerdo, eso sí, el cariñoso recibimiento que nos hicieron, los besos mientras me sostenían en brazos y las frases, en tono quizá demasiado alto, de aquellas personas que al vernos se asombraban de todo. De lo grande que estaba mi hermana mayor; de lo guapa que estaba mi hermana mediana con aquellas trenzas gruesas y largas que ya casi le llegaban a la cintura; de lo bien que estaba mi madre, el tiempo no pasaba por ella, "¡qué joven!"; y de mi padre, que "¡por fin!" se había decidido a hacerles una visita. Las efusiones no cesaban, ni las risas fuertes y los abrazos una y otra vez.

Habían salido a recibirnos allí en medio de la praderita que rodeaba la casa, con los pinos echándose encima. Olía a tierra removida, a resina, a yerba pisada...

La cara curtida de la mujer no dejaba de fascinarme; era un laberinto de arrugas. Y sus ojos, clarísimos, me impresionaban por la viveza y la fuerza que emanaban. El marido, un hombre de mediana estatura, delgado pero recio, y de piel tan curtida como su mujer, pretendía hacernos pasar a la casa, pero la mujer estaba empeñada en que su hija, un poco mayor que yo, me diera un beso, a lo que la niña, arisca, se negaba escondiéndose siempre detrás de su madre por muchas vueltas que ésta diera pretendiendo cogerla. Todos reían, hasta mis tíos Luis y Antonio.

Tampoco recuerdo cómo llegaron. Pero allí estaban con sus mujeres. Luis con su hija. Antonio recién casado.

Los mayores hablaban y reían mientras nos dirigíamos a la casa. La niña arisca me miraba de reojo desde la cercanía protectora de su madre.

Al entrar en la casa todo parecía oscuro en contraste con el sol de afuera. Olía a limpio, a campo, a humo de la leña, aunque no se veía lumbre encendida. La estancia, umbría, tenía tarlatana en las ventanas para evitar las moscas. Las maderas de las contraventanas estaban entornadas para proteger del calor, y los vasares que circundaban el hogar apagado lucían unos adornos de papelillos caseros graciosamente recortados. Y las puertas no tenían puerta; eran sólo los vanos con una cortina de tela floreada. De pronto, saliendo de un cuarto, apartando la cortina de tela con ademán majestuoso, apareció Luisa, la hija ciega, sonriendo al espacio.

Era muy morena y alta. Tenía el pelo negrísimo, lustroso, y los ojos tan claros como su madre, aunque sin vida. Saludó a todos llamándoles por sus nombres mientras los besaba. Al hacerlo conmigo se agachó poniéndose exactamente a mi altura mientras me decía, "¡cuánto has crecido!"

---

[26] Cuento tomado del libro *El trenes y otros relatos*. Madrid, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 1996, pp. 69-76. XX Premio Narraciones Breves "Antonio Machado".
[27] Seudónimo bajo el que se esconde una brillante actriz de teatro de cámara y ensayo, y de vanguardia.

Yo creo que veía. No podía ser ciega. Se movía segura; cuidadosamente, pero segura. Yo no podía dejar de observarla.

Las conversaciones seguían alegres entrelazándose. La ciega sonreía y cuando intervenía en la conversación siempre miraba a quien se dirigía, aunque estuviera lejos, y siempre acertaba. ¡Seguro que la ciega veía!

Los mayores se habían acomodado en sillones de mimbre y sillas de enea traídas de otras habitaciones a instancias de la madre, que evidentemente se desvivía por atender a todos.

Recuerdo la mesa con el mantel blanco, cuya blancura se realzaba en aquella penumbra. Y el queso de leche de cabra que hacían ellos mismos, que me dieron a probar y no me gustaba. Y la miel, que la madre untaba en pan y que tampoco me gustó. La mujer se asombraba de que no pudiera gustarme y me hacía los elogios de la bonanza de la miel mientras le daba rebanadas rebosantes de ella a su hija, la arisca, que las comía con entusiasmo. Todos me miraban reprobadores y asentían a lo que decía la mujer. La arisca también me miraba, pero con aire de triunfo mientras mordía el pan.

Por fin, alguien aconsejó que los niños se fueran a jugar.

Al salir a la praderita el deslumbrante contraste hacía que los ojos dolieran de tanta luz.

Un sol potente, en un cielo sin mácula, azul profundo, hacía que la tierra desprendiera los olores tan penetrantes que sólo son posibles cuando han sido guardados durante todo el invierno.

Toda la multitud de plantas silvestres exhalaban su aroma. Los montes cercanos repletos de jaras, abiertas ya las campanillas dulzonas; el espliego recién florecido, azuleando las lomas; el tomillo y la mejorana, reverdecidos. Y las amapolas por todas partes; y las margaritas, campanillas de la virgen, la simple yerba, la tierra calentándose y sobre todo, el cercano bosque de pinos componían una armonía resulta en un perfume que casi hacía daño al respirarlo.

Desde la puerta de la casa, la madre nos hacía recomendaciones advirtiéndonos del tren. Eran guardagujas y la casa estaba muy cerca de las vías, que quedaban detrás, ocultas por la casa y que casi ni se veían con las yerbas crecidas: "¡No os acerquéis a las vías!". Y nosotras obedientes nos encaminamos hacia el bosque de pinos mientras nos volvíamos a mirar cómo la madre iba hacia ellas, llevando en la mano una bandera enrollada, en busca del tren que se anunciaba leve en la lejanía.

Empezó a oírse nítidamente el pitido de la locomotora, y nos paramos para ver cómo pasaba el tren.

La madre levantó la bandera como si saludara. Era un mercancías largo, que parecía que nunca iba a terminar de pasar. Cuando creías que aquel vagón alto era el último aparecían más y más vagones pequeños tras de aquel recodo donde los árboles se apiñaban espesos. Cuando al fin

pasó el furgón de cola, el pitido de la locomotora estaba ya perdiéndose de nuevo en la lejanía. Después sólo quedó el sonido del canto de las chicharras clamando del calor que iba creciendo con el día.

De pronto, alguien propuso ir a ver a la cabra.

Todas las niñas se alborozaron y corrieron tras la arisca que iba la primera, deseosa de enseñárnosla.

La cabra estaba atada a un árbol un poco alejado de la casa.

Recuerdo que nos miró llegar bastante sorprendida, poniendo cara de pocos amigos. Según íbamos acercándonos agitaba la cabeza dando tirones de la cuerda que la mantenía sujeta al árbol. Era grande, negra, con unos ojos redondos enormes, expresivos, brillantes, centelleantes, amenazadores, y unos cuernos de pavor, retorcidos y que la cabra exhibía dando fortísimos tirones de la cuerda para mostrarlos en toda su potencia. Era un animal terrorífico, verdaderamente infernal.

Yo, creo, me quedé inmovilizada. Por supuesto su altura sobrepasaba la mía. Mi prima y mi hermana fueron aproximándose con cautela. La niña arisca se acercó valientemente a acariciar la cabra que se dejaba hacer mientras reservaba sus gruñidos y gestos amenazadores para nosotras, las extrañas. Las niñas llegaron hasta una distancia aceptable. Prudencial pero decorosa y desde allí me llamaban para que me acercara más, con esa insistencia del que ha dominado su miedo: “si no hace nada, si no hace nada”. Yo no avancé ni un paso. Pero la arisca estaba en su elemento, era su gran día y quiso culminarlo anunciándonos solemnemente que iba a soltar la cabra. ¡Horror!

Supongo que mis gritos y mi llanto llegaron a la casa mucho antes que yo, pues al acercarme despavorida, corriendo desesperadamente, mi madre ya salía en mi busca tendiéndome los brazos al verme.

Sí, los brazos de mi madre, sus besos, sus palabras de cariño tranquilizándome solucionaron todo porque a partir de ese momento el recuerdo se difumina, se hace impreciso, evanescente, dulce...

... La comida bajo los pinos en la mesa que sacaron fuera y que acondicionaron de forma que todos tuviéramos un lugar... El mantel deslumbrante... El vino rojo que mi tío Antonio servía en unos vasos chatos; los platos repletos de comida y que se traspasaban de mano en mano hasta que llegaban a su destinatario; el pan redondo, grande, que la ciega cortaba en rebanadas exactas. Los ofrecimientos para probar “esto que está buenísimo”... La niña arisca, ya no era arisca. Éramos amigas y también me ofrecía cosas para probar y probé y resultó que estaba riquísimo. Me dejé aconsejar por ella y descubrí que me gustaban cosas que hasta entonces no había comido.

Recuerdo las conversaciones animadas, las bromas que se hacían entre carcajadas, las “felicitaciones a la cocinera”, los brindis con los vasos chatos y, sobre todo, recuerdo la sensación de felicidad de los mayores.

Cuando llegó el aroma del café yo estaba sentada en las rodillas de mi padre. Luego, aquella modorra seguramente producida por la comida y el humo de los cigarrillos... y el calor... creciendo, creciendo...

Las conversaciones empezaron a languidecer. Ya no se oían pájaros y durante un momento hasta las chicharras callaron... Parecía descender una quietud, una calma...

Pero el calor despertó otros sonidos. Se oía el vuelo de los insectos, la caída de alguna aguja de los pinos, los chasquidos de las piñas abriéndose, los pequeños estallidos de las vainas de la retama que lanzaba sus semillas enloquecidas de calor...

Desde los brazos de mi padre escuchaba aquellos sonidos y veía las copas de los pinos... Antes de dormirme aún pude observar la resina licuada resbalando lentamente por un tronco.

***

Cuando desperté de la siesta los mayores estaban sentados formando un círculo y conversaban, ahora con un tono más sosegado. Charlaban pausados, disfrutando de la calma de la tarde, saboreando los cigarrillos que quemaban lentamente.

De mi recuerdo impreciso, acaso se perfila algún atisbo, algún destello fugaz. Me recuerdo jugando con mi amiga a un juego que nos llenaba de risa. Nos perseguíamos, entrábamos en la casa, salíamos, rodeábamos a los mayores -con distancia prudencial para que no lo percibieran-, volvíamos a entrar en la casa corriendo, recorríamos las habitaciones... todo con gran alborozo, aunque no consigo recordar qué era realmente lo que nos producía.

De pronto al entrar en una habitación me detuve asombrada. Luisa, la ciega, estaba peinándose... ¡delante del espejo! Fue solo un instante, pero la vi. La vi ladear la cabeza para observarse mientras peinaba su lustroso pelo, y vi cómo se colocaba una horquilla sujetando de forma precisa la onda que le rozaba la frente, y cómo dejaba el peine dentro de una bolsita de tela que estaba sujeta a la pared, y cómo después se remiró otra vez atusándose con la mano como toque final. ¡Aquella ciega misteriosa mirándose en el espejo!... Fue sólo un instante, porque la voz de mi amiga llamándome me devolvió al juego inmediatamente.

Correteando salimos fuera de la casa una vez más.

La tarde iba cayendo mansamente, los mayores se prepararon para dar un paseo.

A las pequeñas nos llamaron al orden para que nos estuviéramos quietas, porque el paseo lo íbamos a dar hasta llegar al puente, donde mi padre quería fotografiarnos a todos juntos, y teníamos que ser formales pues íbamos a caminar muy cerca de las vías.

Cogidas por la mano de nuestras madres, mi amiga y yo aún intentábamos seguir jugando al escondite.

Al fin llegamos al puente desde el que se divisaba un paisaje precioso. Desde aquella pequeña altura se dominaba el bosque de pinos; se le veía cómo se alargaba intentando alcanzar las montañas. Las vías del tren bajo nuestros pies se convertían en algo un poco inquietante; los raíles se estiraban como hilos radiantes y se perdían en la recta lejanía por un lado y por el otro extremo parecía como que se los tragaba la espesa vegetación del recodo. Pero lo más asombroso era contemplar cómo el cielo, que parecía tan azul, se rozaba en el horizonte.

Mi padre ordenaba el grupo entre risas y recomendaciones para que todos nos fuéramos apiñando de tal modo que ninguno saliera desenfocado. Mis tías y mis tíos a los lados; los pequeños adelante, unos de pie y otros sentados en el suelo, y en el centro la ciega con su madre a un lado -el padre no vino por aquello de tener que estar con la bandera saludando al tren- y en el otro lado mi madre que aún me mantenía cogida de la mano. Entre risas, comentarios y bromas al fotógrafo, nos íbamos colocando. Por fin a la voz de "¡quietos!" mi padre disparó la cámara.

Y justo en aquel preciso momento empezó a oírse el pitido de un tren que se acercaba. Aún nos quedamos un rato más en el puente para verle pasar por debajo. Pero el trenecito que en la distancia era tan amable, tan pequeño, tan suave, empezó a crecer de repente en tamaño, ruido, ferocidad, humo, vapor, pitidos ensordecedores... Me aferré a la mano de mi madre y cuando temía que ni aquella mano protectora pudiera conjurar el peligro del monstruo que se nos acercaba, súbitamente decreció el estruendo, los rugidos, la ferocidad, el humo, el vapor, los pitidos, y poco a poco el campo volvió a pertenecer, una vez más, al sosiego de la tarde.

***

Esa fotografía fue la última que se hizo de toda la familia reunida. Durante mucho tiempo la creí perdida y hoy, por esas extrañas circunstancias de la vida, ha llegado a mis manos.

¡Después de tantos años! Miro el reverso de la fotografía y aún es posible distinguir la letra de mi padre: "Verano 1936". ¡Cuánto tiempo y cuánta vida ha pasado! Pobre fotografía envejecida, deslucida, estropeada sus esquinas, ¿cómo has hecho para durar, para poder llegar hasta mí? ¿Has padecido tanto, tanto como esta familia que reflejas? Pero no quiero estar triste. No puedo estar triste porque esto es un reencuentro con los míos. Con esta fotografía en la mano soy feliz. Ahí está mi familia y aquellos amigos de mi padre, aquellos guardagujas que vivían al lado de las vías del tren, que segregaban bondad y cariño por los poros y que tenían una forma maravillosa de entender la vida y sus desgracias, y una

Mirada Ferroviaria
Revista Digital
año 2014, enero - abril, núm. 22

generosidad asombrosa en su humildad. Y de los míos... Me anega la ternura. Sólo quiero recordar aquel momento eterno en que los mayores parecían tan felices.

Mirando esta fotografía es como si la fuerza, el vigor, la alegría, la felicidad, la plenitud de aquel día de verano me inundara de nuevo. Percibo el calor, los olores, la luz, los sonidos... ¿Cómo es posible esta plenitud que me hace sentir y revivir el pasado con tal fuerza? Es tan real que puedo envolverme en este sol ardiente, oler la armonía de los perfumes del bosque, del campo, de la montaña, y esta luz que me eleva, que me lleva hasta ellos que están ahí en el puente... esperándome... ¡Dios mío! Hacia tanto tiempo que no sentía este gozo... Todos me esperan... me reciben con su amor de siempre... Mi madre sonriendo... me tiende los brazos... ¡Qué dulzura... tenía... tan olvidada... la dulzura!

***

– Venga chaval, acaba de una vez.
– Espera... es que no le puedo quitar esto que tiene en la mano vieja.
– Pues déjaselo. ¡A dónde va a ir!...
– ¿Te has fijado en la cara que tiene?
– Venga, que es tarde...
– Nunca había visto una cara tan... feliz...
– Será porque ya acabó de sufrir. Venga que cierro.
– Pues tiene la cara feliz, qué quieres que te diga...
– Bueno, ¿vamos?
– Vamos. MF